

I.

PRECES GENERALES.

Oracion dominical.

1. *Prefacio.* Los Espíritus han recomendado colocar la oracion dominical á la cabeza de esta coleccion, no solo como oracion, sino como símbolo. De todas las oraciones es la que colocan en primer lugar, ya sea porque viene del mismo Jesus, (San Mateo, cap. V, v. del 9 al 13), ó ya porque puede suplir á todas segun el pensamiento que se le una; es el mas perfecto modelo de concision, verdadera obra maestra de sublimidad en su sencillez. En efecto, bajo la forma mas sencilla resume todos los deberes del hombre hácia Dios, hácia sí mismo y hácia el prójimo; es una profesion de fé, un acto de adoracion y de sumision, la peticion de las cosas necesarias para la vida, y el principio de la caridad. Decirla por intencion de alguno, es pedir para él lo que se pediria para sí mismo.

Sin embargo, en razon de su brevedad, el sentido profundo contenido en las pocas palabras de que se compone se escapa á la mayor parte; esto es porque se reza generalmente sin aplicar el pensamiento, y sin reflexionar en la aplicacion de cada una de sus partes; se reza como una fórmula, cuya eficacia es aplicada al número de veces que se repite; y son casi siempre un número caba-

lístico como tres, siete ó nueve, sacados de la antigua creencia supresticiosa del valor de los números, y en uso en las operaciones de la magia.

Para suplir al vacío que la concision de esta oracion deja en el pensamiento, á mas del consejo y con la asistencia de los buenos Espíritus, se ha añadido á cada proposicion un comentario que desarrolle el sentido y muestre las aplicaciones, segun las circunstancias y el tiempo disponible; se puede, pues, decir la oracion dominical sencilla ó desarrollada.

3. ORACION.—I. *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.*

Nosotros creemos en vos, Señor, porque toda revela vuestro poder y bondad. La armonía del Universo testimonia una sabiduría, una prudencia y una prevision que sobrepujan á todas las facultades humanas. El nombre de tu Sér soberanamente grande y sábio está inscrito en todas las cosas de la Creacion; desde la mas pequeña yerba y el diminuto insecto, hasta la gigantesca encina y las sorprendentes esferas que se mueven en el espacio; por todas partes vemos la prueba de una solitud paternal; verdaderamente es ciego el que no os reconoce en vuestras obras, orgulloso el que no os glorifica, é ingrato el que no os tributa accion de gracias.

II. *Venga á nos tu reino.*

Señor, habeis dado á los hombres leyes llenas de sabiduría, y que harian su felicidad si las observasen. Con su observancia, harian que reinase la paz y la justicia, y se ayudarian mutuamente en vez de dañarse como lo hacen; el fuerte sostendria al débil en vez de abatirle, y se evitarian los males que engendran los excesos. Todas las plagas que agobian á la humanidad, tienen su origen en la violacion de vuestros mandamientos, porque no hay una sola infraccion que no tenga consecuencias fatales.

Vos habeis dado al bruto el instinto que le traza el límite de lo necesario; pero al hombre, á mas del instinto

le habeis dotado de inteligencia y de razon; le habeis dado libertad para observar ó infringir aquellas de vuestras leyes que le conciernen personalmente; es decir, puede escoger entre el bien y el mal, á fin de que tenga el mérito y la responsabilidad de sus acciones.

Ninguno puede pretextar ignorancia, porque en vuestra providencia paternal, habeis grabado vuestra ley en la conciencia de cada uno, sin distincion de culto ni nacion; los que la violan, es por que os desconocen.

Vendrá un dia en que, segun vuestras promesas, todos observarán vuestros preceptos; entonces la incredulidad habrá desaparecido; todos os reconoceremos por el Soberano Señor de todas las cosas, y el reinado de vuestras leyes será vuestro reino en la Tierra.

Dígnate, Señor, violentar su advenimiento, dando á los hombre la luz necesaria para conducirse por el camino de la verdad.

III. *Hágase tu voluntad así en la Tierra como en los cielos.*

Si la sumision es un deber del hijo para con el padre, del inferior para con el superior; ¡cuánto mas grande deberá ser el de la criatura para con su Creador! Hacer vuestra voluntad, Señor, es observar vuestras leyes y someterse sin murmurar á vuestros divinos decretos; el hombre se someterá cuando comprenda que sois la fuente de toda sabiduría, y que sin vos nada puede; entonces hará vuestra voluntad en la Tierra como los escogidos en el cielo.

IV. *El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy.*

Danos el alimento espiritual para el desarrollo y mejoramiento de nuestro Espíritu, y danos tambien el sustento para el mantenimiento de las fuerzas de nuestro cuerpo.

El irracional encuentra su alimento, pero el hombre lo debe á su actividad y á los recursos de su inteligencia, porque le habeis creado libre.

Le habeis dicho: «Tú sacarás el sustento de la Tierra con el sudor de tu frente.» Por estas palabras le habeis impuesto la obligacion del trabajo, á fin de que ejercite su inteligencia por la investigacion de los medios para proveer á sus necesidades y bienestar, unos por el trabajo intelectual y otros por el material; el hombre sin el trabajo, permaneceria estacionario, y no podria aspirar á la felicidad de los Espíritus superiores.

Vos, Señor, favoreceis al hombre que de buena voluntad confia en Vos para obtener lo necesario; pero no al que vive en la ociosidad y quiere obtenerlo todo sin trabajar, ni al que busca lo supérfluo. (Cap. XXV.)

¡Cuántos hay que sucumben por su propia falta, por su incuria, su imprevision ó su ambicion! Estos son los artesanos de su propio infortunio, y no tienen el derecho de quejarse, porque son castigados por donde han pecado. Pero á estos desgraciados no los abandonais, porque sois infinitamente misericordioso; les tendeis una mano caritativa desde que, como el hijo pródigo, vuelven sinceramente á la casa de su padre. (Cap. V. Núm. 4.)

Antes de quejarnos de nuestra suerte, preguntémosnos si lo que nos pasa no es obra nuestra; á cada desgracia que experimentemos, preguntémosnos si no ha dependido de nosotros evitarla; pero digamos tambien que Dios nos ha dado la inteligencia para sacarnos del cenagal, y que de nosotros depende hacer uso de ella.

Supuesto que la ley del trabajo es la condicion del hombre en la Tierra, dadnos valor y fuerza para cumplirla; dadnos tambien la prudencia, la prevision y la moderacion, para no perder su fruto.

Dadnos, pues, Señor, nuestro pan de cada dia, es decir, los medios de adquirir por el trabajo las cosas necesarias para la vida, porque nadie tiene derecho de pedir lo supérfluo.

Si el trabajo nos es imposible, nos ponemos en manos de vuestra divina Providencia.

Si está en vuestros designios probarnos con las mas

duras privaciones, á pesar de todos nuestros esfuerzos, nosotros las aceptamos como una justa expiación por las faltas que hemos cometido en esta vida ó en otra precedente, porque Vos sois justo; sabemos que no hay penas inmerecidas, y que no castigais jamás sin causa.

Presérvanos, ¡oh Dios mío! de concebir envidia contra aquellos que poseen lo que nosotros no tenemos, ni aún contra los que tienen lo supérfluo, cuando carecemos de lo necesario. Perdonadles si olvidan la ley de caridad y amor del prójimo que Jesucristo ha enseñado. (Cap. XIV. Núm. 8.)

Apartad de nuestro Espíritu el pensamiento de negar vuestra justicia, viendo la prosperidad del malo y la desgracia que aniquila algunas veces al hombre de bien. Nosotros sabemos, sin embargo, gracias á las nuevas luces que os habeis dignado darnos, que vuestra justicia recibe siempre cumplimiento y no falta á nadie; que la prosperidad material del malo es efímera como su existencia corporal, y que tendrá mil contrariedades, mientras que la alegría reservada al que sufre con resignación, será eterna. (Cap. V. Núms. 7, 9, 12 y 18.)

V. *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.—Perdónanos nuestras ofensas, como nosotros perdonamos á los que nos han ofendido.*

Cada una de nuestras infracciones á vuestra ley, es una ofensa á Vos, y una deuda contraída que tarde ó temprano hemos de pagar. Nosotros solicitamos de vuestra infinita misericordia el perdón de ellas, bajo la promesa de no contraer otras nuevas.

Vos nos habeis dado una ley expresa de caridad; pero ésta no consiste solamente en asistir á nuestros semejantes en las necesidades; también está en el olvido y perdón de las ofensas. ¿Con qué derecho reclamamos vuestra indulgencia si nosotros no la tenemos para los que nos han ofendido?

Dadnos, ¡oh! Dios mío, la voluntad de ahogar en nuestro corazón todo resentimiento, odio y rencor; *que la muerte no nos sorprenda con un deseo de venganza.* Si es de vuestro agrado retirarnos hoy mismo de la Tierra, permitid que nos podamos presentar á Vos limpios de toda animosidad, á ejemplo del Cristo, cuyas últimas palabras fueron para perdonar á sus verdugos. (Cap. X.)

Las penas que nos hacen sufrir los malos, forman parte de nuestras pruebas terrestres; debemos aceptarlas sin murmurar, y amar á los que, por su maldad, nos facilitan un medio para conseguir la felicidad eterna, porque nos habeis dicho por boca de Jesús: «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia.» Bendigamos, pues, la mano que nos hiere y nos humilla, porque el amor hácia ellos, fortalecerá nuestra alma, y seremos levantados de la humillación. (Cap. XII. Núm. 4.)

Bendito sea vuestro Santo Nombre, por habernos revelado que nuestra suerte no está irrevocablemente fijada después de la muerte, y que encontraremos en otra existencia los medios para borrar y reparar nuestras faltas pasadas, cumpliendo las leyes que nos encaminarán á nuestro progreso. (Cap. IV.—Cap. V. Núm. 5.)

Por esto se explican todas las anomalías aparentes de la vida; es la luz que ilumina nuestro pasado y porvenir; el signo brillante de vuestra soberana justicia y bondad infinita.

VI. *No nos dejes caer en tentaciones, y libranos de todo mal. (*)*

(*) Otras traducciones dicen: *No nos induzcas en tentaciones,* (et ne nos inducas in tentationem), estas palabras dan á entender que las tentaciones vienen de Dios, que El empuja voluntariamente á los hombres al mal; pensamiento blasfemo que asimilaría á Dios con los malos Espíritus, y no puede haber sido el de Jesús. Por lo demás, está conforme á la doctrina vulgar en cuanto al papel que hacen los demonios. [Véase *El cielo y el Infierno.* Cap. X. Los demonios.]

Dadnos, Señor, fuerza para resistir á las sujestiones de los malos Espíritus que procuran desviarnos del camino del bien, inspirándonos malos pensamientos.

Mas nosotros mismos somos Espíritus imperfectos, incarnados en la Tierra para expiar y mejorararnos. La causa primera del mal está en nosotros mismos; los malos Espíritus no hacen mas que aprovechar nuestras inclinaciones viciosas, en las que nos entretienen para desviarnos del cumplimiento de nuestras obligaciones.

Cada imperfeccion es una puerta abierta á su influencia; mientras que son impotentes y renuncian á toda tentativa contra los seres perfectos. Todo lo que hagamos para apartarlos es inútil, si no les oponemos una voluntad inalterable en el bien, y una renuncia absoluta al mal. Contra nosotros mismos debemos, pues, emplear nuestros esfuerzos, y entonces los malos Espíritus se alejarán naturalmente; porque el mal los atrae y el bien los rechaza. (Véase: Oraciones para los obsedados.)

Señor, sostenednos en nuestras debilidades; inspiradnos por los buenos Espíritus los medios que debemos emplear para corregir nuestras imperfecciones, á fin de cerrar á los malos Espíritus el acceso á nuestra alma. (Véase el número 11).

El mal no está en vuestra obra, Señor, porque la fuente de todo bien ningun mal puede engendrar; nosotros mismos somos quienes lo creamos por el mal uso que hacemos de la libertad que nos habeis dado. Cuando los hombres observen vuestra ley el mal desaparecerá de la Tierra, como ha desaparecido ya de los mundos mas avanzados.

El mal no es una necesidad fatal para nadie, y no parece irresistible, sino á aquellos que se abandonan á él con complacencia; si tenemos voluntad para hacerlo, la podemos tener tambien para hacer el bien; por esto, ¡oh Dios mio! os pedimos vuestra asistencia y la de los buenos Espíritus para resistir á las tentaciones.

VII. Así sea.

¡Dígnate, Señor, que nuestros deseos sean satisfechos! Nosotros nos prosternamos ante vuestra sabiduría infinita. En todas las cosas que nos es dado comprender, que se haga segun vuestra santa voluntad, y no segun la nuestra, porque Vos no quereis mas que nuestro bien y sabeis mejor que nosotros lo que nos es útil.

Os dirigimos esta oracion, ¡oh Dios nuestro! por nosotros, por todos los Espíritus pacientes incarnados y desincarnados, por nuestros amigos y nuestros enemigos, tambien por todos los que tienen necesidad de nuestra asistencia, y en particular por N***

Nosotros te pedimos, Señor, para todos vuestra misericordia y vuestra bendicion (*).

Reuniones espíritas.

4. En cualquier lugar en que se encuentren dos ó tres personas reunidas en mi Nombre, Yo me encontraré en medio de ellas, (San Mateo, cap. XVIII. Núm. 20.)

Prefacio.—Estar reunidos en el nombre del Señor, no quiere decir que baste estar reunidos materialmente, sino estarlo espiritualmente por la comunidad de intencion y de pensamiento para el bien; entonces el Señor se encuentra en medio de la asamblea, El ó los Espíritus que lo representen. El Espiritismo nos hace comprender cómo los Espíritus pueden estar entre nosotros; están presentes con sus cuerpos fluídicos ó espirituales, y con la apariencia que nos haria reconocerlos si se hicieran visibles.

(*) Se puede formular aquí una accion de gracias á Dios; y lo que se pida para sí ó para otro. (Véanse las oraciones núms. 26 y 27.)

Mientras mas elevados son en gerarquía, mayor es su poder ó irradiacion; así es como poseen el don de ubi-
quidad, y como pueden encontrarse en muchos puntos si-
multáneamente; basta para ello un rayo de su pensa-
miento.

Por estas palabra quiso demostrar Jesus el efecto de
la union y fraternidad; no es el mayor ó menor número
el que le atrae, supuesto que en lugar de dos ó tres per-
sonas pudo haber dicho veinte ó treinta, sino el sentimien-
to de caridad que las anime unas respecto á las otras;
para esto basta que haya dos. Pero si estas dos perso-
nas oran cada una por su parte, bien que se dirijan á
Jesus, no hay entre ellas comunidad de pensamiento, y
sobre todo, si no están movidas por un sentimiento de be-
nevolencia mútua, si se ven de reojo, con celo ó envidia,
las corrientes fluídicas de sus pensamientos se rechazan, en
lugar de unirse por un comun sentimiento de simpatía y
entonces no están reunidas en el nombre de Jesus, para
atraer sobre ellas las gracias del Señor; *Jesus no es mas
que el pretexto de la reunion, pero no el verdadero mó-
vil.* (Cap. XXVII. Núm. 9.)

Esto no implica que sea sordo á la voz de una sola
persona; si no ha dicho: «Yo vendré á cualquiera que me
llame,» es porque exige, antes que todo, el amor del pró-
jimo, de lo que se puede dar mejor prueba cuando haya
varios que en el aislamiento, y que todo sentimiento per-
sonal lo aleja; de esto se sigue que si en una asamblea
numerosa dos ó tres personas solamente se unen de co-
razon por el sentimiento de una verdadera caridad, mien-
tra que las otras se aíslan y se concentran en pensamien-
tos egoistas ó mundanos, estará con los primeros y no
con los segundos. No es, pues, la simultaneidad de pa-
labras, los cantos ó los actos exteriores lo que constitu-
yen las reuniones en el nombre de Jesus, sino la comu-
nion de pensamiento conforme al espíritu de caridad per-
sonificada en Jesus. (Cap. X. Núm. 7 y 8.—Capítulo
XXVII. Núm. 2, 3 y 4.)

Oraçion.

6. (Al principio de la reunion.) Rogamos al Señor
Dios Todopoderoso que nos envíe sus Espíritus para que
nos asistan, que aleje á los que puedan inducirnos en
error, y que nos dé la luz necesaria para distinguir la
verdad de la impostura.

Apartad tambien á los Espíritus malévolos, incarnados
ó desincarnados, que pudieran introducir la desunion en-
tre nosotros, desviándonos de la caridad y del amor del
prójimo. Si algunos intentan introducirse aquí, haced,
Señor, que no encuentren consentimiento en el corazon de
ninguno de los presentes.

Buenos Espíritus, que os dignais venir á instruirnos,
hacednos dóciles á vuestros consejos; apartadnos de todo
pensamiento de egoismo, envidia, orgullo y celo; inspirad-
nos la indulgencia y benevolencia para nuestros semejan-
tes, ausentes y presentes, amigos y enemigos; haced, en
fin, que, en los sentimientos de que estemos animados, re-
conozcamos vuestra saludable influencia.

Dad á los mediums, encargados de trasmitirnos vues-
tra enseñanza, la santa conciencia del mandato que les es
confiado, y de la gravedad del acto que van á practicar,
á fin de que inspiren á todos el fervor y el recogimiento
necesario.

Si en la reunion se encuentran personas que hayan si-
do atraídas por otros sentimientos que los del bien, abrid-
les los ojos á la luz de la verdad y perdonadles como no-
sotros les perdonamos si vienen con intenciones malé-
volas.

Rogamos muy particularmente al Espíritu de N***
nuestro guía espiritual, que nos vele y nos asista.

7. (Al fin de la reunion.) Damos infinitas gracias á los buenos Espíritus que se han dignado venir á comunicarse con nosotros. Les rogamos nos ayuden á poner en práctica las instrucciones que nos han dado, y hacer que nos fortifiquemos en la práctica del bien y amor del prójimo.

Deseamos igualmente que estas instrucciones sean provechosas á los Espíritus sufrientes, ignorantes ó viciosos, que hayan podido asistir á esta reunion, y sobre los cuales llamamos la misericordia de Dios.

Por los mediums.

8. En los últimos tiempos dijo el Señor: Yo derramaré mi Espíritu sobre *toda carne*; vuestros hijos é hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros viejos sueños.—En estos dias derramaré mi Espíritu sobre mis servidores y servidoras, y profetizarán. (Hechos de los Apóstoles, cap. II, v. 17 y 18.)

9. *Prefacio.* El Señor ha hecho la luz para todos los hombres y quiere que penetre en su corazon la voz de los Espíritus, á fin de que cada uno pueda adquirir las pruebas de la inmortalidad; con este objeto los Espíritus se manifiestan hoy en todas partes, y la mediumnidad que se revela en personas de todas edades y condiciones, es uno de los signos del cumplimiento de los tiempos predichos.

Para conocer las cosas del mundo visible, y descubrir los secretos de la naturaleza material, Dios ha dado al hombre los sentidos, é instrumentos especiales; con el telescopio dirige sus miradas á las profundidades del espacio, y con el microscopio ha descubierto el mundo de los infinitamente pequeños. Para penetrar en el mundo invisible, le ha dado la mediumnidad.

Los mediums son los intérpretes encargados de transmitir á los hombres las enseñanzas de los Espíritus, ó mejor dicho, *son los órganos materiales por medio de los cuales se expresan los Espíritus para hacerse entender de los hombres.* Su mision es santa, porque tiene por objeto abrir los horizontes de la vida eterna.

Los Espíritus vienen á instruir á los hombres sobre su destino futuro, á fin de atraerlos al camino del bien, y ahorrarles al trabajo material que deben ejecutar en la Tierra para su progreso, y no para favorecer su ambicion y codicia. De todo esto los mediums deben penetrarse bien para no hacer mal uso de su facultad. El que comprende la gravedad del don de que está investido lo cumple religiosamente; su conciencia le reprocharia, como un acto sacrílego, hacer una diversion ó distraccion para sí ó para los demas, de una facultad concedida para tan santo objeto, y que lo pone en relacion íntima con los séres de ultratumba.

Como intérpretes de la enseñanza de los Espíritus, los mediums hacen un papel importante en la trasformacion moral que se opera; los servicios que pueden prestar, están en razon de la buena direccion que dieron á su facultad, porque los que están en mal camino son mas nocivos que útiles á la causa del Espiritismo, por los malos resultados que producen retardando mas de una comunicacion. Por esto les será demandada cuenta del uso que hubieren hecho de una facultad concedida para el bien de sus semejantes.

El medium que quiera conservar la asistencia de los buenos Espíritus, debe trabajar en su propio mejoramiento; el que quiera ver crecer y desarrollar su facultad, debe aumentar su moral y abstenerse de todo lo que pudiera cambiarle ó apartarle de su mision providencial.

Si los buenos Espíritus se sirven algunas veces de instrumentos imperfectos, es para darles buenos consejos y atraerlos al camino recto; pero si encuentra resistencia y sus inspiraciones no son ejecutadas, se retiran dejando li-

bre el campo á los Espíritus malos. (Cap. XXIV. Núm. 11 y 12.)

La experiencia prueba que en los que no se aprovechan de los consejos de los buenos Espíritus, las comunicaciones que han brillado por algun tiempo, degeneran poco á poco, acabando por caer en el error, signo incontestable del alejamiento de los buenos Espíritus.

Obtener la asistencia de los buenos Espíritus, apartar á los ligeros y embusteros, tal debe ser el afan constante de los mediums; sin esto la mediumnidad es una facultad estéril que puede aún tornarse en perjuicio del que la posee, porque puede degenerar en una obsesion peligrosa.

El medium que comprende su deber, en vez de enorgullecerse por una facultad que no le pertenece, supuesto que le puede ser retirada, atribuye á Dios las buenas inspiraciones que obtiene. Si merecen elogio, no debe producirle vanidad, porque sabe que son independientes de su mérito personal, y da gracias á Dios por haberle permitido que se comunicara con Espíritus buenos. Si sus comunicaciones, por el contrario, dan lugar á la crítica, no debe ofenderse, porque no son la obra de su propia inteligencia, sino la prueba de que no es un buen órgano que posee las cualidades necesarias para oponerse á los Espíritus intrusos; por ésto debe procurar por medio de la oracion, alcanzar las virtudes que le son necesarias.

Oracion.

10. Dios Todopoderoso, permitid á los buenos Espíritus asistirme en las comunicaciones que solicito. Libradme de la presuncion de creerme al abrigo de los malos Espíritus, del orgullo que pudiera causarme el valor de la inspiracion que obtenga, y de todo sentimiento contra-

rio á la caridad, respecto á otros mediums. Si soy inducido en el error, inspirad á alguno el pensamiento de advertirlo, y á mí la humildad para aceptar la crítica con agradecimiento, y tomar para mí, y no para otros, los consejos que quieran darme los buenos Espíritus.

Si estuviere tentado de abusar, sea en lo que fuere, ó de envanecerme por la facultad que habeis tenido á bien concederme, os suplico que me la retireis, antes que permitir que sea desviada de su fin providencial, que es el bien para todos y mi propio progreso moral.